

Memoria y olvido de Proust

Juan José Arreola

I

Cuando Marcel Proust comenzó a escribir *En busca del tiempo perdido*, mi padre, a los veintiún años de edad, fundó la tepachería que iba a darle fama y fortuna. El dinero se acabó íntegramente *circa* 1933 y don Felipe quiso salvar al tepache del olvido, embotellándolo. Pero más indómita que el champaña, más colérica que el mismo don Felipe, la bebida popular seguía fermentando en los envases y lanzaba al aire corcholatas y tapones. Furioso, mi papá recurrió a los alambres y obtuvo estupendas bombas de tiempo.

Escribo cuando faltan quince minutos para las tres de la mañana de este domingo. Contra mi costumbre, anoche me acosté a las diez y media, y dormí casi inmediatamente, después de leer unas páginas de la biografía de Proust. Desperté creyendo que ya amanecía, porque la noche era clara, y comí galletas y bombones: “La luna creyendo que ya amanecía / llegó muy apenas rozando el cristal...” Bebo un poco de agua: “...a decirte manda la Virgen María / que la vida tiene su poco de sal”. Se me ocurre mirar el reloj: la una y media. Hago las cuentas por miedo a la indigestión y me tranquilizo: cené a las nueve y media, también contra la costumbre. Por las dudas, busco una pastilla de aluminato de magnesio y la disuelvo lenta, desabridamente, en la lengua contra el paladar. No hay remedio. Estoy como la tía Léonie, vieja maniática, enferma imaginaria. Abro otra vez el libro de Painter, ¿dónde voy? Y releo el dístico chistoso:

“Temo que mi novela sobre Santa-Biuda no sea muy gustada en casa de la Viuda.”

(La viuda madame Lemaire: *veuve*, y con *b* grande: Sainte-Beuve, el crítico que con justa razón odiaba Marcel, como hay que odiar a todos los críticos.) Luego siento melancolía. Más bien, una envidia melancólica: “Entre el 4 y el 6 de julio la lámpara estuvo encendida junto a su lecho durante sesenta horas seguidas. El desvelo llegó a tal grado, que el mismo burlón de Nicolás hizo notar con espanto: ‘Señor, usted tiene la resistencia de un viejo bramán’”.

No puedo seguir leyendo. Mi vecina del 3 y sus amigos suben y bajan las escaleras, abren y cierran las puertas con estrépito. Con vaga aprensión,

recuerdo la visita que le hice a las nueve, a petición suya, cuando acababa de despedir a Matilde en el segundo piso. Me levanto y voy al baño para traer un frasco de crema líquida. A la orilla de la cama, ensimismado, emprendo una labor de aseo, más bien para calmar cierto escozor que por afán de limpieza. Luego unas gotas de aceite Johnson para niños. Narciso inclinado ante su lirio. De pronto, un rasgueo de guitarras y una canción de amor junto a mi puerta. Voz de barítono. Conozco la letra y espero angustiado la consonante que debe ser femenina: "... perdóname si estás dormida". Pero el cantante dice: "dormido", destruyendo la rima con "dulce bien de mi vida..." Acaba la canción de saludo y empieza otra. Por el timbre que tengo a la cabecera llamo a mi hermana, que vive en el 4. Alguien toca dulcemente a la puerta. Fuera de toda razón, pienso: "Si fuera Matilde..." Doy por terminadas mis labores de contemplación y de aseo, me pongo los calzoncillos y salgo con mi viejo barragán sobre los hombros. Automáticamente, escondo dos botellas y dos vasos que están sobre la mesa, en la sala. Abro la puerta y mi vecina me echa los brazos al cuello:

- Le traje su serenata a mi querido profe.
- Perdóneme, todo es un desorden aquí...
- Pero, ¡qué desorden más lindo!

Mientras ella alaba el *collage* inconcluso que tapa la puerta primitiva de mi recámara, tomo un retrato donde estoy sentado, de niño, con un periódico abierto sobre las piernas cruzadas, los pies en el aire por la altura del banco, mirando triste y profundamente, desde la sombra, el porvenir.

- Me la tomó el profesor de primaria, hace treinta y siete años.
- No hablemos de años ni de edades...

Me abraza sin mirar la fotografía. Su aliento, su maquillaje espeso, sus canas pintadas. Rubia. ¿Rubia? No. Morena era la chiquilla que me besó esta mañana, ayer, al salir de la clase en la Casa del Lago. Y toda la tarde de amor, y el principio de la noche que con Matilde debió de ser interminable...

Aparece mi hermana. Se me había olvidado. En bata, con el pelo revuelto y el rostro desfigurado por el sueño. Trae una taza de té y un frasco de píldoras.

- Tu medicina.
- Pero Bertita, para qué se levantó. Orita mismo le iba a llevar a usted también su serenata...

Conserva mi mano entre las suyas y se echa a reír. Ya no hay nada que hacer. Despido a los músicos, dándoles solamente las gracias.

—Su medicina..., ándele mi profe, sus pastillitas para que pueda dormir. Que pase buenas noches y que me lo cuide mucho Bertita...

La acompaño a la puerta. Le doy un beso en la mejilla mientras le digo al oído:

—Ya ve usted las desventajas de tener a mi hermana entre su piso y el mío...
Ya solo, me divierte la idea de contar el incidente, mañana, a Imelda, a Matilde, hasta el lunes

Se me fue el sueño. Antes de abrir otra vez el libro de Painter veo el retrato de Proust en la portada: erguido, sonriente, qué extraño, parece un gallo de pelea (la seguridad, la arrogancia que le había dado Swann), y pienso que voy a hacerme un traje igual al suyo en esa mañana cuando por última vez salió a la calle. Busco y leo en la página 184, si después de la frase de Nicolas: "... durante las primeras semanas de julio de 1909 Proust comenzó a escribir la *Recherche*... esas sesenta horas sin sueño que van del 4 al 6 de julio... la primera ola de inspiración que lo llevó al mar abierto de su gran novela... ahora la iluminación venía del interior... este fue el más importante de los acontecimientos de su vida, tanto para él mismo como para la posteridad...".

Dejo de leer. Reflexiono. Saco las cuentas. Busco una hoja de papel y escribo: "Mi padre tenía 21 años cuando Marcel Proust comenzó a buscar el tiempo perdido..."

Son las cuatro y media de la mañana. Interrumpo estos apuntes y trato de dormir.

[Fragmento de la autobiografía en preparación, *Memoria y olvido*.]

II

Juan García Ponce: "Proust recuperado"

¿Dónde encontrar a Marcel Proust? Inútilmente sus biógrafos prodigan cuidados y acumulan detalles inapelables para llegar a las fuentes de una vida que se empeña en ocultarse y finalmente se pierde. La vida de Proust no se halla en la búsqueda de sí mismo; fue la búsqueda de una obra dentro de la que el autor se erige como personaje para llegar a ser sólo el autor de esa obra. Él nunca vive, la que vive es la literatura, que en el movimiento mismo de la novela de Proust pasa a ocupar el lugar de la vida o, si se prefiere, el de la historia. Extraño desarrollo el de esa gigantesca novela, esa inagotable sucesión de novelas que forman *En busca del tiempo perdido* y que ansiosa y morosamente recorren instantes, vidas, sucesos, personajes para encontrar finalmente al tiempo en el momento en que el protagonista se pierde en definitiva como persona, sabe que ese tiempo se encuentra en la súbita coincidencia de una pequeña serie de sensaciones que lo saca de todo acontecer

lineal y en el breve lapso de un instante se entrega como eternidad, teniendo como centro ya no a la persona sino a la trascendencia de la persona, que se encuentra fuera de sí misma en ese tiempo intemporal dentro del que el narrador ya no es sólo el que es sino también el que fue y ha sido y siendo todos es ninguno: es ese movimiento que constituye su espacio y que sabe que puede empezar a describir para perderse definitivamente en él. *El tiempo recobrado*, última de las novelas que forman la magna obra de Proust, es así el tiempo definitivamente perdido para la vida y encontrado para la literatura. Es sólo en esa literatura donde podemos hallar a Marcel Proust.

Obra de desmesura, novela en la que se pone en acción esa inevitable desmesura, la realidad es siempre inalcanzable e imposible en la novela de Proust. *En busca del tiempo perdido* se ha visto como la última de las grandes crónicas sociales en las que encuentra su lugar la novela del siglo XIX. Puede serlo, en efecto. Pero lo que en ella concluye no es la forma de un género literario, ni la forma de vida dentro de una sociedad determinada, sino una de las formas de la vida que en la novela encuentra su imposibilidad y se disuelve para encontrarse más allá, en la expresión misma de esa imposibilidad que entrega la vida a la literatura para que en su impersonalidad se entregue la clave de la desmesura. En esta dirección es donde se encuentra el valor y el sentido de ese fragmento aparentemente superfluo dentro del movimiento general de la novela que, *Por el camino de Swann*, forma el episodio titulado “Un amor de Swann”. Toda la medida de la obra, todo lo que la vida quiere expresar sobre la vida, se encuentra en ese episodio. A partir de él, la novela es una amplificación y una repetición inevitable de lo que “Un amor de Swann” nos muestra. Así, *En busca del tiempo perdido* se construye y se extiende en el campo de la vida sobre un modelo que la novela misma ha creado y que es indispensable seguir porque en él aparece y se constituye como fundamento la verdad puramente negativa, la verdad que es ausencia de fundamento, que Proust ha encontrado y que lo obliga a escribir. En “Un amor de Swann” todo aparece a través de su negación. La verdad del amor se encuentra en la negación que son los celos; el placer nunca se satisface en la persona que cree su objeto porque esa persona no existe más que como un engaño que las apariencias les hacen a los sentidos y por tanto el placer mismo es inalcanzable, la presencia sólo puede encontrarse en su ausencia y así desaparece apenas se entrega como presencia, la realidad misma es un engaño a cuyo fondo no se puede llegar hasta que se revela como engaño. Los múltiples episodios que forman *En busca del tiempo perdido* son un inevitable recorrido por esa experiencia que se muestra como la experiencia de la vida y la novela avanza siempre “por el camino de Swann”, tanto cuando nos entrega la historia de los amores del narrador con Gilberte, con Albertine, como cuando se dirige hacia el exterior para encontrar al mundo en su desaparición, inclusive como status

social, a través de las figuras de los Guermantes o de la *coterie* que preside Madame Verdurin, en cuya persona se unirán, disolviéndose, los dos lados.

Entonces, lo que queda, lo que se abre sobre el horizonte de esa desaparición, es el espacio que llena la gigantesca y monstruosa figura de Charlus: el espacio de las perversiones, el espacio terrible de las transgresiones que rompen todo límite y que se desarrollan en el lugar del secreto, en el lugar prohibido, de espaldas a la sociedad, que rompen el mundo y se encuentran en un no mundo que a la postre se muestra igualmente inalcanzable. Sin embargo, la materia del tiempo, el lugar de la vida se encuentra en esa desmesura que no expresa más que una necesidad de romper el misterio de la otredad, el carácter impenetrable de lo otro, encontrándolo como objeto, haciéndolo objeto para que se materialice, y que es idéntica en esto al amor y al afán de situarse en un mundo que la misma desmesura rompe. Al encontrar el lugar, la posibilidad de la escritura como ese espacio fuera del tiempo en el que el tiempo se hace uno solo, encuentra fuera de la realidad, en la realidad de la escritura misma, la unidad perdida de lo uno y lo otro, de la presencia y la ausencia, Marcel Proust y el Marcel de *En busca del tiempo perdido* desaparecen en la escritura de la obra que Marcel va a realizar al final de la novela y que Marcel Proust ha realizado ya para morir en la escritura y que la escritura viva.

III

Álvaro Mutis: “La compañía de Proust”

Con el paso de los años asistimos a una liquidación inexorable de amistades y entusiasmos, a un necesario decantamiento de lecturas e incursiones por la música y la pintura. Es como si el solitario silencio de nuestra vejez pudiera ser frecuentado por voces que aludan exclusivamente a lo que Proust llamaba “la vida, la única vida, la vida verdaderamente vivida”. Con referencia a las lecturas sé decir que a mi lado sólo quedan ya, para siempre, la presencia de Proust, el delgado y hondo lamento de Cernuda, la melancólica derrota de Conrad y la dorada vetustez de los hechos de Bizancio. Del resto, del ávido buscar lo nuevo, la voz inesperada, la revelación que cambiaría nuestra vida, sólo queda ya un vasto hastío inapelable.

Esta necesaria y cotidiana compañía de Proust viene no tanto de su obra admirable, cuya familiaridad no excluye, es cierto, abismales sorpresas deparadas, más por los cambios de nuestro ser que por el texto mismo de *A la Recherche du Temps Perdu*, como de su vida misma, de su intimidad revelada con riqueza entrañable y siempre inquietante en correspondencia y en el testimonio de sus amigos más íntimos. Tal vez sea esta condición la que hace de Proust el único verdadero clásico de nuestro siglo y quizás el último que tenga el hombre el privilegio de contar en su paso por la Tierra.

Hay en la persona de Proust, en su atribulada vida de neurótico, en el lúcido saber de su desastrosa relación con los demás seres, en la agónica desesperación de sus últimos años de encierro dedicados por entero a escribir esa meditación sobre el tiempo que es su obra, la cual paradójicamente se nos aparece hoy con la luminosa y eficaz intemporalidad de Sófocles, del Dante o de Montaigne; hay en todo ello algo tan esencialmente suyo, que hace de su compañía un manantial inagotable al cual acudimos cada vez que la vida se nos aparece como un fastidioso diseño sin sentido. En esos días, que con el paso de los años se van haciendo más frecuentes y menos tolerables, siempre nos murmurará Proust al oído, con la apagada voz de su saber milenario, esas pocas palabras que nos dicen por qué hay que llegar hasta el final, así sea transitando los precarios puentes de una desteñida esperanza en “la vida, la verdadera vida, la vida realmente vivida”.

IV

Esther Seligson: “El espesor de lo vivido”

¿Por qué duele tanto pensar-hablar del tiempo ido? ¿Perdido? ¿Por qué a veces, ni siquiera el arte logra “mitigar” esa punzada? Recuperar a través de la creación. ¿Recuperar qué? Impresiones, recuerdos, memorias, sensaciones, olores, sabores, imágenes, sonidos. No exactamente. ¿Atrapar lo fugitivo, lo fortuito? ¿Aprehender y fijar esos instantes de plenitud que se dicen privilegiados? ¿Hurgar en las profundidades del alma, sorprender las intermitencias del corazón? Sí, pero, ¿cómo?

Decir: “La verdadera vida, la vida que se sabe descubierta e iluminada, y en consecuencia, la única vida realmente vivida, es la literatura”; es quizá demasiado abstracto, porque, en tanto definición, no nos habla de “eso” que hace el arte, y a la vida: lo “vivido”.

La obra de Proust será, no la búsqueda del *tiempo perdido*, sino de la manera de descubrir y de iluminar (*eclaircir*) la vida para convertirla en objeto estético, en “cosa literaria”. Una búsqueda, no del fluir sensible del tiempo, sino de su deslizarse inteligente: captar la duración, no la sucesión. Sumergirse en lo fugitivo y temporal, pero no a través de los acontecimientos y detalles mínimos que engrosan la cotidianidad (como sería el caso de Virginia Woolf), sino a través de la interrupción de etapas cuya duración sólo se hace consciente al ser roto su fluir.

Comprender, aprehender lo “vivido” por medio del recuerdo, no sólo para darle eternidad —inmortalidad estática—, sino para hacerlo vital y móvil, para convertirlo en presencia intemporal, en vibración originaria. Y hay algo “rígido” en esa recuperación inteligente que intenta Proust, quien no ve los momentos como “milagros”, sino como consecuencias. No nos habla de los días

como de una sucesión de infinitos, sino como bloques de tiempo, de *cotés* donde esa esencia irracional del Tiempo no existe, donde lo que da el espesor de lo “vivido” no es el misterio sino lo intangible.

Esa “imposibilidad de realizarnos en el gozo material, en la acción efectiva”, es lo que caracteriza lo fugitivo *humano*, no la fugacidad *temporal* que sería imposibilidad de plenitud espiritual en la esencia absoluta de cada instante.

Proust propone la recuperación del tiempo ido como un a priori cartesiano, y así, se lanza, primero a la búsqueda de la manera como se manifestó en él la vocación artística (misterio apenas intuible, ni siquiera aprehensible) y, después, de lo que hace él *en sí* del arte, de la creación y de la literatura en particular.

El Tiempo, la piedra clave de todo su libro, se desliza a la par de sus meditaciones estéticas y acontecimientos anecdóticos, no como lo “vivido”, sino como un *artificio*, como un instrumento, cuando, precisamente, lo único irrecuperable es el tiempo: ni siquiera mediante ese “artificio” que se llama Arte.

En lo “vivido” no hay nada irreversible, y sí mucho de doloroso, de conflictivo. ¿*Recuperar* a través de la creación? No. Lo que ella hace es re-mover, re-abrir y resucitar la llaga, el dolor de lo “perdido”. Y hay artistas que llevan esa “capacidad” a cuevas como un estigma, como una señal escandalosa y vergonzante.

